

CAMILO JOSE CELA

Premio Nóbel de Literatura

Antonio Fernández Spencer

Leí a Camilo José Cela en el año 1947 en España, en la segunda edición de su novela *La Familia de Pascual Duarte*. Era la presencia de un joven autor. Unos meses antes había leído a Albert Camus, quien en 1957 recibiría el Premio Nóbel de Literatura. Quedé encandilado con la lectura de *El extranjero* y con *Sísifo*. Bastaron esas dos obras para convertirlo en mi novelista favorito en la narrativa francesa y en el pensador más digno de aprecio. Ni Sartre ni Francois Mauriac produjeron en mí ese encantamiento verbal que provoca el autor de *El hombre rebelde*. Pero he ahí que la Editorial Aldecoa lanzaba en 1943, un año después de la primera edición, la segunda de *Pascual Duarte*. Un acontecimiento insólito en un panorama literario entonces bastante disminuido y muy desolador. En tipo de doce puntos, hermoso boboni redondo, la obra de Camilo José Cela ocupaba unas doscientas cincuenta páginas.

La leí de una sentada. De las once de la noche a las seis de la mañana del otro día. Quedé dominado por el arte narrativo de esa primera novela, que a mis ojos ya se presentaba como una obra maestra de nuestra lengua. Le dije a Carlos Martínez Rivas, a José Angel Valente y al filólogo ecuatoriano Humberto Toscano: "es una obra maestra que merece el Premio Nóbel".

"Es un escritor primerizo", observó, con ponderación de filólogo Humberto Toscano. Pero aceptaría mi argumento de que desde *El Buscón*, de Quevedo, o el *Licenciado Vidriera*, de Cervantes, no se había escrito una novela de más arte narrativo que *La familia de Pascual Duarte*".

No obstante, durante muchos años *Pascual Duarte* no fue mencionado ni Camilo José Cela, por los académicos del Premio Nóbel. Tampoco se le concedió, aunque lo merecía más que nadie, el Premio Nacional de Literatura en su patria por esa obra. Sin embargo, se había convertido en un novelista muy apreciado por el lector de narrativa en España.

En el año en que publica su segunda edición de Pascual Duarte, en los escaparates de librería aparece Pabellón de reposo, novela en que narra su experiencia de tuberculoso en un sanatorio. Con el tema de los efectos psicológicos de la tuberculosis en los enfermos Thomas Mann había escrito una de las obras capitales de la literatura del mundo con el título de La montaña mágica. Se quiso, entre sus adversarios, por ese gusanillo de la envidia que nace de la incapacidad artística, minimizar esa obra comparándola con la de Mann. Pese a los detractores, Pabellón de reposo es una obra valiosa muy a pesar de ese antecedente temático de La montaña mágica. Recuerdo que Cela dijo en una ocasión: "No sabía que Thomas Mann era el único narrador con derecho a padecer tuberculosis".

Publica Cela en 1944 Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes, donde la picaresca renace con hilos de oro del barroco español del siglo XVII, sin caer en pastiche, ni en imitaciones deslucidas o alejadas del gran arte narrativo del siglo XX.

Su novela titulada La colmena no pudo pasar al tórculo español en 1951, por obra de la censura religiosa y política. Se publicó en Emecé en el mencionado año y en España fue texto clandestino, que comprábamos en una librería protegida por cierto poder del régimen franquista que, a título de falangismo, trataba de ser más liberal que los otros hombres del mando imperante. En 1953 Cela publica su novela Mrs. Caldwell habla con su hijo.

Y para no quedarme enredado en la extensa bibliografía del más poderoso narrador de nuestra lengua en el siglo XX, voy, dando un salto, para mencionar dos obras de sorprendente grandeza en el ámbito de la narrativa mundial: Mazurca para dos muertes, mayo de 1984 y Cristo versus Arizona, febrero de 1988.

Este año a ese gran narrador de fama mundial, no sólo española y europea, se le acaba de conceder el Premio Nóbel de Literatura. El Secretario de la Academia sueca le pareció indispensable subrayar que La familia de Pascual Duarte es la obra que, desde el Quijote, ha sido más traducida en el mundo.

Camilo José Cela, que irrumpe en la literatura con esa obra maestra, no se apoltronó en ella y avanzó siempre hacia nuevos campos narrativos. Nadie como él, desde Santa Teresa, ni siquiera Pío Baroja, ha sabido en nuestra lengua escribir sus frases narrativas sobre el ritmo del lenguaje coloquial hispanoamericano, como se nota en Cristo versus Arizona.

Ningún escritor del siglo XX en nuestra lengua emplea con tanta maestría el decir de nuestra gente como lo ha venido haciendo Camilo José Cela.

Con qué triste e insistente belleza comienza Cela a narrar desde La Familia de Pascual Duarte, obra escrita a los veintiséis años. Su libertad verbal no creo que ha sido igualada por ningún narrador hispánico de nuestro tiempo y no veo que tampoco por alguien en el período barroco; nadie ha sido más hiriente en la presentación de las costumbres y en el retrato satírico de las torpezas humanas. Cruel y tierno a la vez. A veces he pensado que Cela es, sin disputa, el secretario del mundo en el siglo XX que estamos viviendo. ¿No se refleja, acaso, en su prosa el licencioso hedonismo de nuestra época? ¿La

sexualidad corrompida y brutal en la esfera inferior de la existencia humana? ¿No sabe, desde su inicio de narrador, que los habitantes de las ciudades viven de espaldas a la verdad y que no se dan cuenta muchas veces de que cerca de ellos hay un regato en que pululan anguilas hermosas? ¿No era ya mágico tener gratos recuerdos de una perrilla perdiguera, de nombre Chispa, o de una piedra chata, más que de muchas personas de las que por el mundo ambulan? ¿Y matar esos recuerdos, o la fijeza de la mirada de la perra como la de un confesor, que le hace entrever a Pascual Duarte las culpas de su alma? Sus ojos de novelista, que no se hurtan a la vida, dicen dramáticamente lo que ven. Y esa mirada áspera y veraz no le roba ni un ápice de ternura a su corazón de narrador muy humano.

San Juan ya había observado, en tiempos bíblicos, y en la primera Epístola, 2, 16: "Todo lo que existe en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de la vista o el orgullo de la vida". Por debajo tal vez, de la narrativa de Cela, late esa visión que surge de una mirada religiosa del mundo aunque ya un poco de la ceniza de nuestro tiempo.

A las letras españolas se le había concedido algún Premio Nóbel en literatura en dos géneros: teatro y poesía.

Para el teatro: Echegaray, decisión muy repudiada en España, y Jacinto Benavente, que hasta el año en que lo obtuvo realizaba un teatro en ascenso artístico; pero después del galardón se convirtió en autor de obras teatrales con fines de comercio. En poesía: Juan Ramón Jiménez, inmenso lírico, y Vicente Aleixandre, el poeta más grande español desde los tiempos de Garcilaso y Fray Luis de León. No menciono a San Juan de la Cruz, porque él escribía desde el pecho de Dios y con tinta sagrada.

¿Cómo se explica que a España no se le concediese hasta ahora un Premio Nóbel en Narrativa?

Benito Pérez Galdós, eximio novelista, muere en 1920 y la Academia del Nóbel no se percató de su existencia. Ese enorme novelista que fue Unamuno murió en 1936, y ni su narrativa, ni su poesía, ni su genialidad metafísica, tan grande como la de Bergson, le fue reconocida por el Nóbel. Ramón Pérez de Ayala, candidato por varias veces al premio como narrador, no recibió ese galardón universal; no se le otorga tampoco a Pio Baroja, de quien dijo Hemingway que era su maestro, y al que, sin embargo, se le concedió el premio.

La Academia sueca nunca se enteró de la existencia de Ramón del Valle Inclán, fuente de la narrativa del caudillo o gobernante tiránico hispanoamericano con su novela Tirano Bandera, maestro del esperpento y mago del ruedo ibérico. Maestro, además, de la mayor parte de los grandes narradores de esta América nuestra en nuestro tiempo.

Parece que el destino histórico le reservaba a Camilo José Cela el que con su obra magistral se reconociera la gran narrativa española del siglo XX. Y ese reconocimiento viene a hacer mucho más notorio a un escritor, que en el lenguaje narrativo, es tan grande como Don Francisco de Quevedo, y en la captación de personajes y en el habla, el más grande que produce la lengua española desde Miguel de Cervantes.